

# Alcarràs

Carla Simon

Jordi Pujol Dolcet, Ainet Jounou, Carles Cabós, Anna Otin.

Catalunya - España, 2022

Elastica Films

DOI: <https://doi.org/10.32093/ambits.vi57.50476>

Una de las cuestiones que se ponen en juego a la hora de valorar una obra literaria o cinematográfica es su posible carácter localista que desprende. En especial, es esta condición de un entorno limitado, remoto o desconocido, lo que le resta interés o importancia a la hora de recibir sus calificativos o críticas más consideradas.

También es frecuente la tendencia a tener en consideración el número de actores y actrices del elenco, en particular velando siempre por la presencia de nombres consagrados que hagan honor a una cuidadosa elección que no hará más que ennoblecer el rigor del guión y la grandeza de la obra que tenemos delante para contemplar.

Alcarràs es un pueblo de la comarca del Segrià (Lleida), muy cercano a las tierras de Aragón, que no llega a los 10.000 habitantes y que se dedica esencialmente a la agricultura, sobre todo al cultivo de la fruta dulce de hueso.

Es en este lugar de la Cataluña rural y desconocida donde sucede la historia de la película que lleva su nombre. La directora Carla Simon escogió a los actores entre las personas que viven en este pueblo, ha apostado por darles unos papeles y unas caracterizaciones que condensan toda la legitimidad de la gente de esta región y ha concentrado todo el devenir de su argumento en un espacio que apenas recorre varios kilómetros cuadrados alrededor de la villa.

Tenemos, por tanto, un acto de valentía y de un atrevimiento descarado que se enfrenta a los cánones que suelen guiar las producciones cinematográficas. En cuanto a la producción, desafía todos los principios que supondría una escenificación comercial y económicamente garantista de éxito pecuniario.

Alcarràs es el escenario que da nombre a la vida de tres generaciones de una familia que está arraigada en todos los fragmentos de su terrón, todos los rincones de su casa y en todos los árboles de su pequeña extensión de frutales.

Cabe destacar la serena mirada del abuelo, que todo lo que mira lo parece destilar y pasar por sus memorias. Su mirada tiñe de recuerdos y sabiduría lo que ve, dando una comprensión y juicio que tanto pueden condensar la esperanza del futuro y el crecimiento de los pequeños de la casa como una indisimulada nostalgia por todo lo que ha visto y añora desde su acomodada melancolía.

Los hijos, sus parejas y la lucha desconsolada por levantar la cabeza en un mundo agrario en el que las ganancias cada vez están más ajustadas a los gastos que comporta mantener una explotación modesta, con la constante lucha frente a la modernidad que se va imponiendo sin ningún escrúpulo alrededor de su casa y sus vidas.

Y, al final, los niños, que viven en la felicidad del constante descubrimiento de las aventuras clásicas y las impensables competitividades que se van generando entre ellos y llenan de riqueza su contacto con el mundo donde les ha tocado crecer.

La película está llena de referencias tradicionales de la aldea, usando la modalidad lingüística propia de aquella tierra y, dado que todo viene expresado por sus propios habitantes, describe con gran credibilidad la esencia de todo lo que pasa y todo que quiere explicarse.

No deja de ser un tanto chocante ver cine en una modalidad dialectal del catalán occidental, pero esta característica añade un importante grado de autenticidad que hace sentirse más adentro de la trama y sucesos que se van aconteciendo.

Esta autenticidad transporta al espectador a un universo de grandes contrastes, que van desde las diferencias generacionales, el brillo del saber de las abuelas, la inocencia de la conducta de los niños, la dualidad entre la tradición y la modernidad o la continua lucha entre las formas atávicas de cuidar las plantaciones versus la imparable invasión de la modernidad que todo lo borra y desprestigia.

El resultado es un rico relato de hechos, costumbres, relaciones, desencuentros y reencuentros que nos hará olvidar el absurdo matiz de la vida local y nos lleva a encariñarnos sin ningún tipo de vergüenza a un conjunto de personas, de las que sólo sabemos el nombre por el que son conocidas como personajes de una historia tan verídica como universal. No hay rincón del mundo donde no se vivan estas realidades y donde no hayamos llegado hoy al severo dilema del abandono de las tradiciones agrarias que más definen los paisajes dejando paso a la implacable dictadura de la modernidad.

Seguramente será por todas estas razones, y quizás muchas otras que ahora no nos vienen a visitar, que la segunda película de Carla Simon ha recibido, con todo el merecimiento, el último Oso de Oro de la septuagésima segunda edición de la Berlinale, este año 2022.

Que sea por muchos años que el cine hecho con sinceridad, sencillez, credibilidad y la fuerza de la gente que vive con los pies en el suelo, pueda ser valorado por su calidad y no por su coste económico.

**Jaume Forn i Rambla**